
Yo creo en el trabajo... Entrevista A José Panettieri

Gonzalo de Amézola*

José Panettieri es básicamente un hombre de la Universidad Nacional de La Plata. No sólo hizo toda su carrera universitaria en ella sino que —como muchos platenses— también realizó su escuela primaria y secundaria en establecimientos de la UNLP y, aunque su vida académica también transcurrió en la UBA, sus cátedras tuvieron como principal escenario las aulas platenses de Ciencias Económicas y Humanidades. En esta última Facultad, desde el restablecimiento de la democracia ocupó importantes cargos como el de director del Departamento de Historia y el de decano.

Hoy, traspasada la barrera de los setenta años, el Dr. Panettieri sigue trabajando como siempre. Disponer de sesenta minutos para hablar a solas con él no es fácil. Siempre igual a sí mismo, Panettieri parece estar en movimiento continuo y tener la capacidad de poder ocuparse de varios problemas a la vez.

Para concretar la entrevista que habíamos concertado nos reunimos en su pequeño despacho de director del Centro de Investigaciones Socio-Históricas y, para no ser interrumpidos, cerramos la puerta con llave. Sólo de esta manera, pudimos disponer de una hora para hablar de su larga trayectoria como docente e investigador.

Gonzalo de Amézola- *Una primera pregunta casi obligada es cuáles fueron las influencias más importantes en su etapa de formación.*

José Panettieri- La formación que recibí en la carrera de Historia no fue demasiado importante, aunque tuve algunos buenos profesores de la llamada historia positivista. A quien más recuerdo es a Carlos Heras. Pero dos cuestiones hacen que la influencia de la

*Universidad Nacional de La Plata

Facultad no resultara demasiado poderosa. En primer lugar, porque estudié historia de más grande. Primero estudié otras cosas. Cuando terminé el secundario comencé medicina, cursé dos años y tiempo después ingresé a Humanidades. Decidí estudiar letras, lo que hice un par de años, y luego pasé a historia. Era, por lo tanto, mayor que los alumnos “normales” y tenía experien

cia, lecturas, actividad política, todo lo cual me facilitó hacer la carrera. Estas particularidades más permitían que yo ya estuviera definido por un tipo de historia distinto del que predominaba por ese entonces en el Departamento. Sobre todo en las historias generales.

En segundo término, porque me anoto en Letras en el 50. Hago las introducciones comunes a todas las carreras y en el 53 comienzo a estudiar Historia. Empiezo a cursar y me recibo a mediados del 58. Hice la carrera en el tiempo adecuado. Tomo parte de un período de la vieja Facultad peronista, cuyo cuerpo docente no era de los más brillantes. Enrique Barba, por ejemplo, fue echado por el peronismo en el 52, así que no fui su alumno. En el 55, cuando ya había terminado de cursar, viene el cambio. Es decir que los exámenes que me faltaban los rindo con algunos de los nuevos profesores. Por ejemplo con José Luis Romero.

Creo que las influencias más fuertes mientras era alumno fueron las lecturas. Especialmente la escuela de los *Annales*, que tempranamente y por nuestra cuenta comenzamos a leer con gente amiga. Por esos años aparece *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época Felipe II*, que nos produjo un gran impacto.

G. de A. *¿Influyó en usted por entonces José Luis Romero?*

J.P. La vinculación con Romero se dio a través de seminarios. En realidad yo no cursé materias con él, pero él siempre buscó gente para hacer seminarios. Las personas con más inquietudes en ese momento eran las de Letras, con las cuales yo estaba vinculado, y algunos estudiantes de Filosofía. Pero en Historia en ese momento no había un movimiento similar. Éramos Hugo Satas y yo. Cuando Romero busca gente, ahí estábamos los dos. También en esas circunstancias lo conocí a Halperín Donghi.

G. de A. *¿Halperín participó del seminario?*

J. P. No. Iba a colaborar con Romero, pero Halperín quería ocuparse —si no recuerdo mal— del Renacimiento y a nosotros nos interesaba más el tema de los orígenes de la burguesía. Halperín entonces no participó. Él vino a la Facultad como profesor de historia

contemporánea y tuvo esa cátedra por tres o cuatro años. Esta gente estuvo aquí un período relativamente corto y después se fue a Filosofía y Letras. Romero era originariamente profesor de La Plata. Después, cuando llega el peronismo en el '46 se va. Luego del derrocamiento de Perón lo nombran interventor en la Universidad de Buenos Aires. Tiempo después se pelea con Dell'Oro Maini (el ministro de Educación), renuncia y retoma sus cátedras. Está aquí por dos o tres años.

Otra persona a la que no tuve como profesor pero que influyó en mí fue Segio Bagú. A Bagú lo conocí en 1962 cuando gané un concurso de profesor adjunto de Historia Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, donde él era jurado. Se concursaba el área y después uno elegía si hacía historia argentina o general. Elegí dedicarme a general. Considero que esto ayudó mucho a mi formación. Dicté esa materia en La Plata y en la UBA. El trato con Sergio Bagú se hizo frecuente porque era el director del departamento. Tuve mucho trato con él, y con Horacio Pereyra lo trajimos a La Plata.

G. de A. *Este contacto temprano con la Historia Económica tuvo gran influencia en usted, ¿verdad?*

J.P. Sí. No sólo lo económico sino también lo social. Porque una cosa es estar leyendo por gusto y otra tener que sistematizar, encaminarse y tener contacto con estudiosos de cierto nivel. Romero y Bagú me enseñaron a pensar. Con Romero luego perdí el trato. Mi dificultad era que tenía un empleo de siete horas en la Dirección de Energía de Buenos Aires que no estaba en condiciones de abandonar para dedicarme por completo a la Historia.

G. de A. *Usted comentó dos cosas sintomáticas de la época: primero que los varones usualmente no se tiraban a estudiar historia (u otra disciplina humanística) de entrada, sino que hacían una incursión por otra carrera, más profesional y luego recalaban en historia...*

J.P. En esa época sí, había muchos de esos.

G. de A. *... y la otra, es que la práctica estaba —podríamos decir— débilmente profesionalizada porque usualmente uno tenía que vivir de otra cosa.*

J.P. Hay una anécdota demostrativa de eso: me recibo de bachiller y entro a estudiar medicina, que me interesaba en cuanto a lo social. Pero en el transcurso de la carrera me di cuenta de que lo que iba a tener que hacer como médico poco tendría que ver con eso. Tal vez

ahora sí hubiera estudiado medicina; en la actualidad hay una dimensión de la medicina social más desarrollada. En definitiva, me fui. Pasé a la carrera de letras y luego a la de historia. La gente se reía de esta aparente desorientación pero yo iba buscando mi destino.

G. de A. *Esto no fue malo sino que le dio una formación amplia. En el libro que Felix Luna dedica a sus entrevistas a José Luis Romero, Romero afirma que no puede haber un historiador que desconozca el arte y la cultura en general y la literatura en particular.*

J.P. Dos cosas me interesaron de chico: la historia y la literatura. Dejé medicina por las disecciones y cuando entré en letras tuve que hacer la disección de textos literarios, lo que tampoco me gustó...

Luego de abandonar medicina tuve que buscar trabajo y abandoné los estudios regulares por un tiempo hasta que decidí entrar en Letras. Al cursar las introducciones, me encontré con muchachos que habían sido compañeros míos en el Colegio Nacional y que seguían paralelamente otra carrera. Me preguntaban: “¿Qué estudiás además de Humanidades? ¿Nada más que esto? Te vas a morir de hambre”. Eso pega con este criterio: el hombre tiene que estudiar una carrera profesional. Pertenezco a esa generación que se decidió por Humanidades, después de haber pasado por otro lado.

G. de A. *Claro. Una carrera humanística era básicamente un adorno... Pero además lo llamativo es que usted apenas se recibe se decide por la investigación en una época donde no había demasiadas oportunidades para hacerlo.*

J.P. Sí, de entrada. Me empezó a gustar cuando cursé un seminario con Marfani. Hice una monografía que me gustó mucho, que me dejó muy conforme. Yo había intentado hacer ficción porque siempre me gustó escribir, pero descubrí que no había nacido para dedicarme a literato.

G. de A. *Pero el acto de escribir le siguió gustando.*

J.P. Sí, pero para escribir ensayos y no ficción. Empecé a escribir un tipo de trabajo histórico que salió del molde que era usual para ese entonces en la investigación histórica. Descubrí que ahí tenía mi camino.

G. de A. *¿Cuál considera que fue su primer trabajo de investigación, el que le hizo darse*

cuenta de que ya era un investigador?

J.P. El primero fue un artículo sobre proteccionismo económico que terminé en el año 59. Había leído un libro sobre las Actas de Navegación y me interesé por el tema en general y luego por el debate entre proteccionismo y libre cambio en Argentina. Descubrí el debate que se desarrolla sobre el tema en el Parlamento en 1875-76, a través de un libro que hacía mención del asunto. El resultado fue: “Proteccionismo, un debate histórico”. Se lo llevé a Barba que me hizo varias críticas de estilo. Yo no estaba acostumbrado a escribir ese tipo de ensayo. Lo corregí, Barba lo aceptó y lo hizo publicar en el 60.

G. de A. *En este artículo aparece una línea temática que va a profundizar más adelante.*

J.P. Después, escribo sobre la inmigración. Y me piden un artículo para la *Revista de Educación* de la provincia (la vieja revista fundada por Sarmiento) y trabajo sobre la Sociedad Filantrópica de Inmigración. Son las primeras medidas de tipo político, de creación de entidades. Y cuando viene el sesquicentenario del nacimiento de Sarmiento, Barba consigue financiación y la Facultad saca tres tomos en conmemoración. Me sentí contento porque me invitaron para escribir junto a Pereyra, a la gente más joven y además pagaban el trabajo. Debe ser una de las pocas veces que cobré un trabajo de historia. Ahí escribo sobre Sarmiento y la industria. Me había metido en el tema de la industria, así que entonces me circunscribo al pensamiento de Sarmiento con respecto a ese tema, lo cual me significa trabajar todo el verano. La directora de Biblioteca, Julia Moreno, me prestaba la obra completa de Sarmiento. Me llevé pilas de libros para trabajar en casa mientras la biblioteca estaba cerrada por vacaciones...

G. de A. *Hay dos cosas importantes para remarcar. Una es que Barba, quien estaba por ese entonces en su plenitud como historiador, era un hombre que daba oportunidades a los jóvenes.*

J.P. Sí, yo soy un ejemplo. Barba un día, siendo decano, me llama y me dice que quería que gente joven (en este caso yo) dictara el seminario que hasta ese momento él había dado. Yo le contesté que no sabía si estaba en condiciones, pero me convenció. “Además lo va a ayudar a formarse”, me dijo. Los seminarios que se dictaban en ese momento eran de historia política. Cuando él me propone darme a mí, yo le dije que le agradecía, que era un desafío grande pero que si me hacía cargo del seminario iba a ocuparme de aspectos económicos y sociales, porque eso era lo que a mí me interesaba. Barba me miró y dijo: “¿Y usted porqué

cree que se lo propongo? Para que haga historia económica”.

Él no hacía eso, pero le pareció que había que hacerlo y le dio la oportunidad a un joven. Barba no me enseñó a trabajar, pero el empujón inicial me lo dio él.

G. de A. *La otra cuestión que usted comentó fue su amistad con Horacio Pereyra. Él tuvo una larga militancia peronista y usted socialista, pero a pesar de ello ambos tuvieron una amistad entrañable.*

J.P. Sí, pero no al principio. Pereyra se recibió antes que yo. Tenía dos años menos que yo, pero empezó antes la carrera. Yo no era amigo de él. Lo conocía de vista. En el último año que cursé, coincidimos en Historia Contemporánea que dictaba Hernández Arregui. Pereyra estaba ya recibido y venía a las clases a escuchar, y entonces ahí empiezo a hablar con él. Yo era de la FUA y odiaba (así eran las cosas por entonces) a quienes estaban en la CGU. Sabía que Pereyra militaba allí y por esa razón no me resultaba simpático. Pero no obstante, a raíz de encontrarnos en clase se estableció un diálogo, lo empecé a conocer. En ese momento se produce el golpe del 55 y Pereyra desapareció porque debió refugiarse.

Lo vuelvo a ver cuando Barba me ofrece el seminario del que hablaba recién. Pereyra estaba investigando en el Instituto de Investigaciones Históricas de Historia Argentina con un sueldo de ordenanza porque no había presupuesto. Cuando llegué, muchos no me dieron bolilla. Claro, se produjo un problema de celos porque algunos discípulos de Barba me veían como un advenedizo. Pereyra, en cambio, me recibió muy bien y también Amelia Duarte y Olga Gamboni. Pero hubo otra gente que no, aunque después se hizo amiga. Cuando me di cuenta de esa situación fui a verlo a Barba a su despacho. Hablé con él y le dije que agradecía que me ofreciera el seminario, pero que como veía que había bastante resistencia, renunciaba. El gordo, con su autoridad de siempre, me dijo: “Usted se queda donde está y si las aguas están revueltas, yo las voy a aquietar”. Y las aquietó. Y yo me quedé.

Cuando terminó su segundo decanato, Barba dijo que sabía que lo habían criticado por dar oportunidad a los jóvenes, y agregó: “A mí nadie me puede decir que de toda la gente que nombré me fracasó alguna. Lo pueden verificar, todos han hecho carrera”. Él nos ayudó mucho.

A partir de mi trato con Pereyra, cambié mi opinión sobre él y establecimos diálogo. Era una persona muy generosa. Un gran tipo.

G. de A. *¿Cuándo se decide a ser un historiador full time?*

J.P. Me costó un tiempo. Fui acumulando cargos simples y ganando concursos interinos. Gané el concurso del Colegio Nacional, donde estuve dos años. Luego no pude seguir, porque tenía un empleo muy bueno en DEBA en el que había hecho carrera.

Empecé a trabajar en la docencia. Después hice la tesis de licenciatura. Luego la de doctorado. En ese momento, me invitan a mí y a Pereyra por medio de Barba y de Heras a colaborar en un capítulo de un tomo de la Academia Nacional de Historia, la que había decidido publicar un volumen de Historia Económica y donde querían incluir un capítulo de historia social. Íbamos a trabajar juntos, pero Pereyra debió abandonar el proyecto y lo continué solo. Terminó el trabajo, lo llevo a la Academia y se envía al Ateneo, para su publicación. Al tiempo Zorraquín Becú me llama, me felicita y luego me hace dos críticas. Una era que hablaba de los conventillos, lo que no era de buen gusto en una historia de la Academia. La otra era que hacía una defensa social del gaucho que no era conveniente.

Estuvimos discutiendo, mucho tiempo. Todo terminó cuando Zorraquín me dijo: “Hagamos una cosa: si no quiere sacar esos temas no los saque, pero que no estén en el cuerpo del texto. Póngalos como notas aclaratorias. Llévase el trabajo, haga alguna modificación, nosotros lo esperamos”. “Yo me voy —dije— pero ni el trabajo ni yo volvemos nunca más a esta Academia”. Y me fui. Y no volví nunca más.

Cuando se lo conté a Heras y a Barba me dieron su aprobación. Finalmente me hicieron un favor, porque el trabajo se hubiera perdido en los tomos de la Academia y me sirvió en cambio de base para hacer la tesis.

G. de A. *La base para Los Trabajadores.*

J.P. Lo fui a ver a Barba y le dije: “Esto lo hice para la Academia. Quiero hacer la tesis doctoral. Dígame si esto puede ser la base de una tesis”. Eran unas sesenta páginas. Las miró y me dijo que el tema era original y que servía para la tesis. Entonces le pregunté si él podía ser mi director.

G. de A. *Ese libro fue importante en su carrera, además de ser su tesis doctoral.*

J. P. Sí, me dio difusión, por él me conoció mucha gente. Pero por otro lado, como ocurre tantas veces, uno termina siendo autor de *un* libro. Quizás fui autor de cosas mejores o traté temas más interesantes pero siempre están *Los Trabajadores*. Hay dos libros que tuvieron gran difusión: uno fue *Los Trabajadores* y el otro *Inmigración en la Argentina* que me publica Macchi en 1970. Este último tuvo mucha difusión en el interior.

G. de A. *Los dos libros, de alguna forma, inauguran temáticas.*

J.P. Creo modestamente (repito lo que la gente dice) que inauguro una temática dentro de la historia. Porque si bien había libros sobre los trabajadores, el mío era un análisis desde una dimensión distinta, donde se integran otros aspectos, que intenta ser una visión integral. El libro tuvo sucesos; uno no sabe qué va a repercutir y qué no cuando escribe. *Inmigración en Argentina* también es el primer trabajo integral sobre inmigración, aunque sobre el tema se había escrito mucho antes.

G. de A. *Tal vez no se pueda decir que inaugura temáticas pero sí, enfoques. Usted trata por ejemplo el problema de las condiciones de vida de una manera original, vinculando (por ejemplo) el paso del conventillo a la casita en los suburbios con el desarrollo del tranvía. Cosas que hoy no llaman la atención pero que usted introduce hace treinta años, cuando prácticamente nadie se ocupaba de esta temática en Argentina.*

J.P. Son cosas que van saliendo cuando uno escribe. Cuando estoy preparando la tesis, pido licencia sin goce de sueldo en DEBA y me dedico enteramente a la docencia. Y en el 65, cuando apruebo la tesis, me dedico a la historia como docente e investigador y renuncio a DEBA. Previamente a esta tesis sobre los trabajadores había escrito la tesis de licenciatura, que había publicado la Facultad.

G. de A. *Los Trabajadores se publica en una época de gran boom editorial.*

J.P. En principio el libro iba a aparecer en EUDEBA. Bagú me dijo que quería publicarlo en EUDEBA, pero se produce el golpe de Onganía y todo queda en la nada. En el año 66 o 67, conozco a una persona relacionada con Jorge Álvarez y Corregidor. Decidí publicarlo con el primero. Álvarez me pide que lo amplíe hasta la actualidad de ese momento. Me negué pero accedí a llevarlo hasta el 30 (originalmente llegaba hasta el 1910) porque tenía mucho material acumulado. Sin embargo, la ampliación no me gustó mucho. Son tres capítulos que me gustan poco.

G. de A. *Usted comentó que fue profesor del Colegio Nacional. ¿Qué recuerda de ese periodo?*

J.P. Bueno, a mí me gustó.

Además, uno tiene una vocación docente. Entré a la juventud socialista a los 15 años y a

los 17 o 18, en plena época de fervor, daba cursos sobre historia del socialismo a chicos más chicos que yo. Por supuesto que de poco nivel, pero me gustaba explicar lo que yo leía. Era empezar a ver la historia, el proceso.

En el Colegio Nacional de La Plata (en el que me había recibido de Bachiller) hice una experiencia muy interesante.

Entro en el 1962, a la vez que en Ciencias Económicas de Buenos Aires. En el Colegio daba historia moderna y contemporánea y un día quise probar cómo respondían los alumnos y me dieron una demostración extraordinaria. Eran pibes de 15 años. Les dije: “La próxima clase les voy a explicar un tema. Ustedes tomarán nota minuciosamente, las revisamos y luego les tomo un escrito”. Les explico la revolución de precios, cómo se ocasiona, qué pasa con los metales preciosos, porqué se produce la inflación de precios. Chequé si habían anotado bien. A la clase siguiente, les pido a los chicos que escriban sobre lo que había explicado. Los resultados fueron excelentes, mejores que los de Ciencias Económicas de Buenos Aires. El secreto es enseñarles a trabajar.

G. de A. O sea, prestar atención a lo que hoy se llaman los contenidos procedimentales. Por otra parte, me acuerdo de un consejo que usted nos daba, cuando fui alumno suyo: era conveniente dar clase en el secundario porque permitía desarrollar un panorama muy general, una base del conocimiento histórico muy importante pero había que tener mucho cuidado en quedarse sólo en eso.

J.P. Sí. Cuando yo tuve que elegir, cuando tuve que desarrollar mi carrera universitaria, me vi obligado a pedir una licencia en el Nacional. En ese momento pensé que era temporal, pero no volví más. Y empiezo a trabajar con gente joven en la Facultad.

G. de A. Éste es un tema muy interesante. Cuando yo entré en la Facultad en 1970, Ud. era un profesor muy influyente entre la gente joven y no sólo entre los estudiantes de Humanidades sino también de Ciencias Económicas. ¿Cuáles son sus recuerdos de esta época, cuando usted es ya un profesor hecho?

J.P. Eso se va dando en los 60, dictando Historia Moderna que me permite ocuparme del problema de la transición del feudalismo al capitalismo y vincularme con historiadores y economistas marxistas. Es el caso de Maurice Dobb, Christopher Hill, el caso de Sweezy en EE.UU, toda esa gente. Yo en Moderna tenía algunos temas clave, básicos, y creo que la gente aprendía mucho: la transición, el fenómeno de la revolución de precios y la Reforma. Yo tomo la Reforma Luterana y me permite hacer un análisis profundo, al mismo tiempo, de

lo que es la formación del Estado moderno y de una serie de cambios económicos. Daba tres o cuatro clases y luego hacía debates. La experiencia fue muy interesante porque me mostró que podía hacer muchas cosas, como hacer participar a los alumnos.

G. de A. Otro elemento que llamaba la atención de sus clases de Historia Moderna era que la clase posterior al parcial se dedicaba al comentario de los exámenes, lo que por entonces resultaba algo inédito en la Facultad. El parcial era una instancia de evaluación y también de aprendizaje.

J.P. Sí, pos prueba... Pero volviendo a la investigación, investigar acá implica dedicarse a la Historia Argentina. Consigo mi primer subsidio en la Comisión de Investigaciones Científicas de la Universidad y empiezo a trabajar con Liliana Galletti, con Susana Mallo, Nilda Iburguren... Organizo un equipo y empezamos a trabajar el período de formación de la Argentina moderna de los 60 a los 80, desde distintos puntos de vista: económico, político, social.

Estuvimos mucho tiempo trabajando ese período. Y fue otra experiencia interesante. Porque de ahí salieron varios trabajos. Yo por primera vez publicaba asociado a una alumna mía, en igualdad de condiciones. Hago un trabajo que apareció en unos Cuadernos de Estudio que editaba la Escuela Superior de Periodismo. En esos cuadernos hacemos un estudio en tiempo de transición de la Argentina Moderna, un estudio sobre distintos aspectos, como el desarrollo industrial, la inmigración... Trabajábamos con periódicos de la época —en conjunto con Liliana Galletti— y agregamos un artículo sobre el Club Industrial que escribió Iburguren.

Por otra parte, Haydée Gorostegui de Torres me había invitado para que escribiera un fascículo sobre la inmigración en la colección *Polémica*, del Centro Editor de América Latina. Cuando me pidió otro trabajo, sobre política económica, le dije que lo iba a hacer gente que yo quería que se iniciara en la producción escrita. Haydée aceptó con la condición de que yo apareciera como director.

G. de A. Usted formó mucha gente en la Facultad. Es más, todo el mundo quería ser ayudante de Panettieri. Pero a mí lo que me llama mucho la atención es la influencia que usted ejerció en Económicas en un grupo de economistas que tuvieron luego una trayectoria muy destacada.

J.P. Sí. Por ejemplo Jorge Remes (ex ministro de economía de la Provincia y actual diputado) o el Panca Anaya (actual embajador de Bolivia en Cuba y posible candidato a presidente) y mucha gente más. Era un grupo muy unido. Entre los cuales había gente con tendencia a la izquierda y gente que no.

G. de A. *En realidad, su materia se daba al final de la carrera de Economía y abría un panorama. Más que nada pasaba eso: era una perspectiva que en la Facultad de Ciencias Económicas era muy influyente por lo original.*

J.P. Conmigo cursaban gustosos. También Sarghini, el actual ministro de economía provincial, fue alumno mío. Los dos profesores más populares con los alumnos de Economía éramos Pereyra y yo. Seguí teniendo contacto con ellos. Hice amigos también en Buenos Aires.

G. de A. *¿Cómo compara usted la universidad actual con la de los 60 y los 70 de la que hablamos?*

J.P. Yo creo que los 60 fueron extraordinarios en la Universidad. En muchos aspectos: desde el punto de vista de los cambios habidos en la investigación, en la enseñanza... Por suerte pertenezco a una generación de historiadores que empezó a formarse a finales del 50, todo el 60 y parte del 70. Una masa crítica que creció muchísimo, cuando la universidad aún tenía resonancia en el conjunto de la sociedad y donde se innova en todos los aspectos. No sólo en historia sino en muchas carreras. Filosofía tenía un elenco muy importante. Humanidades era de los historiadores y de los filósofos. Un momento que no se volvió a repetir

En el 70 aparece todo el desgaste. A partir del 72, 73... En el 66, la gente de Buenos Aires se dispersó. En La Plata se hizo una asamblea para ver qué se hacía: quedarse o irse. En nuestro grupo dijimos que solamente nos quedábamos si declarábamos ser como siempre: no practicar la autocensura. No íbamos a regalar la Facultad, pero nos jugábamos. Eso me costó bastante.

G. de A. *Ese criterio lo mantuvo después del golpe militar de 1976 y le costó mucho.*

J.P. No solamente me costó la cesantía sino todo lo que me pasó.

(En 1976, el Profesor Panettieri fue cesanteado en todas sus cátedras. Días después fue secuestrado y posteriormente debió exiliarse en Bolivia).

G. de A. *Después del proceso militar, Ud. volvió a la Facultad y ocupó los cargos más importantes: director del departamento, decano y actualmente dirige el doctorado.*

J.P. Con el gobierno democrático tuve que hacerme cargo del Departamento de Historia y retomar mis cátedras. Como director tuve un trabajo corto pero intenso: se debían renovar los planes de estudio, actualizar la biblioteca, comprar publicaciones periódicas... A los tres meses

me hice cargo del decanato y elegí para reemplazarme a una persona que también había sido expulsada por la dictadura: Ural Pérez. Con Ural pensamos los nuevos planes de estudio y nos ocupamos de organizar los concursos docentes. Llamamos rápidamente a concurso con buenos jurados. No dejamos gente afuera, sino que la hicimos competir. También como decano tenía la aspiración de sacar una publicación que reemplazara a la vieja *Revista de Humanidades*, aunque más moderna, más dinámica. Así apareció *Estudios e Investigaciones*.

G. de A. *¿Cómo ve a nuestra disciplina después de la dictadura y a quince años del restablecimiento de la democracia?*

J.P. Yo la veo bien. Acá los problemas que existen son presupuestarios. Los estudios históricos se han revitalizado mucho en la Facultad. Este lugar (el Centro de Investigaciones Socio Históricas) es una demostración. Cuando creo el Centro en el 87, lo hago exclusivamente con algunas jóvenes graduadas. Pero cuando conseguimos subsidios, pensé que no tenía que ser para un grupo chico. Se estaban formando otros equipos que podían desarrollar sus actividades en el CISH, como el caso de los grupos de Alfredo Pucciarelli y el de Ricardo Rivas. Y en este momento tenemos una masa crítica muy grande, donde se comparten responsabilidades y sacamos una publicación (los *Cuadernos del CISH*). Algo muy positivo que podemos hacer crecer. Estamos viviendo tiempos difíciles pero estamos en democracia. Tenemos libertad de expresión y creo que eso ha permitido el crecimiento de los investigadores.

G. de A. *Una característica del CISH es que promueve los estudios interdisciplinarios. ¿Cuál es el origen de su interés por promover un campo común para las ciencias sociales?*

J.P. Desde mi punto de vista, un momento clave en el desarrollo de esa perspectiva es el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas que se desarrolla en Roma en 1955. A partir de entonces un núcleo importante de historiadores se lanzó al manejo de nuevas técnicas y métodos con conceptos y perspectivas renovados, en particular los provenientes de la antropología y la sociología. Muchos de estos historiadores comenzaron a sostener entonces que las diferencias entre estas disciplinas eran más evidentes en los métodos que en la materia o el objeto de estudio.

Desde entonces, también en nuestro país comienza a desarrollarse una concepción de esta disciplina basada en el enfoque por el cual el objeto de la historia y la metodología diferían de lo tradicionalmente establecido, al enfocar procesos de larga duración y nuevos

sujetos históricos. Fue así que en los años setenta aparecieron estudios renovados con nuevos protagonistas, en los que se enlazaba la historia con la sociología y la economía, haciéndose cada vez más difícil encontrar límites entre ellas. Así se constituye una historia social que incorporó como sujetos a sectores hasta entonces marginados de la historia.

En los años ochenta, la apertura democrática permitió incorporar esa renovación, básicamente bajo el influjo de científicos sociales ingleses y americanos. Es en ese ambiente que en 1987 se fundó el CISH. La propuesta fue desarrollar las diferentes líneas temáticas abordándolas con criterio interdisciplinario y tratando de articular dentro de un enfoque integrador, aportes conceptuales y metodológicos de la historia, la economía, la antropología y de las restantes ciencias sociales.

G. de A. *En el CISH se desarrolló ampliamente el estudio de los trabajadores.*

J. P. Así es. Estudiar a los trabajadores como productores necesariamente nos ha posibilitado el análisis del mercado de trabajo, la experiencia del trabajo urbano y agrícola, la de los trabajadores en las fábricas, la organización de los procesos de trabajo y la disciplina fabril, pero también, ya fuera del ámbito laboral, los niveles y la calidad de vida; la vida material: vivienda, salud, alimentación, educación y distintas formas de recreación.

G. de A. *¿Qué papel le ve a usted a la historia en los próximos años?*

J.P. Hay que seguir trabajando, hay muchas cosas que decir todavía.

G. de A. *Es optimista.*

J.P. Yo creo en el trabajo. La gente produce. Se trata de crear las condiciones para que la gente produzca.

G. de A. *Siempre me acuerdo de una cosa de cuando era alumno suyo. Charlando acerca de cómo hacía usted sus libros, nos contaba que tenía una casita en Punta Lara y que escribía allí durante enero. Le costaba ser historiador. Por lo menos le costaba las vacaciones.*

J.P. No era tan así. Había por lo menos unos diez días en los que no hacía absolutamente nada.